

¿Qué cosa no será capaz de soportar por cariño la humanidad?

— Sigue a mi mujer por todas partes pidiéndole azúcar, y se va hasta la puerta falsa para que se la den. Nunca ha conocido sino el cariño. Jamás ha tenido otro dueño; y nunca lo he hecho trabajar en demasía. Es uno de la familia. Es lo mismo que una persona humana, sí, señora.

No pude menos de preguntarme cuántos seres humanos habrá en el mundo que, a semejanza de este caballo, sólo hayan conocido cariño. Elogié de buena gana al inteligente animal. Esto nos granjeó inmediatamente la voluntad del labrador, su mujer y sus hijos, quienes nos obsequiaron con leche fresca de la lechería y manzanas dulces de su arcón.

Hacer amistades con un caballo es cosa fácil; hacerse amigos de los animales favoritos de toda una familia requiere más tiempo. Lo intentamos cierta vez que navegábamos siguiendo la corriente del Lewis en Washington. Nos encontramos con diez chiquillos, tres perros, dos vacas y varios cerdos, todos metidos en el agua poco profunda del río, cerca de la orilla. (¡Poco más abajo bebía la gente el agua de este mismo río, que se reputaba muy pura!) Los muchachos llevaban viejos zara güelles muy amplios y cortados a la altura de la rodilla, pero discretamente sujetos con tirantes. Las chicas vestían viejos trajes; y los más pequeños sólo estaban cubiertos con harapos de ropa interior. Hacía un calor tremendo, y todos ellos se sentían maravillosamente felices de chapucear en la fresca corriente. Las vacas estaban metidas en el agua hasta la rodilla; los perros nadaban para atrapar pedazos de madera; los cerdos se revolcaban con los nenes. Un mocito como de doce años, llamado Harry, parecía estar a cargo de toda la partida.

Jim y yo llevábamos trajes de baño, porque habíamos estado nadando aquella misma mañana. De pronto, movido por singular impulso, Jim exclamó:

— Mi mujer va a apostar contigo a nadar, Harry.

Diez pares de ojos humanos, los de los tres perros, las dos vacas y los varios cerdos se fijaron en mí, como para darse cuenta de quién era la que osaba desafiar al temible Harry. Yo también estaba sorprendida, porque apenas si sé nadar; pero como Jim había lanzado el temerario reto, no cabía otra cosa sino saltar por la borda y tratar de sostener el honor de la casa. Es innecesario decir que Harry ganó la apuesta; y los chicos parecieron tomarnos mayor simpatía por haber contribuido a confirmar la alta estimación que otorgaban a su camarada.

Nos habíamos detenido para que tuviera lugar el desafío; luego nos

quedamos para conversar. Adquirimos la convicción de que todavía hay esperanzas para la vieja estirpe inglesa en Washington. Los diez niños eran hermanos, todos ellos alegres y robustos. Queríamos tomarles una fotografía, pero no teníamos películas. Sin embargo, pusieron tan contentos con la idea de verse retratados, que les prometimos volver al siguiente en calidad de fotógrafos; y lo cumplimos.

Retratamos al papá, con el pelo bien alisado y las mandíbulas apretadas, y a la mamá con su mejor vestido; a la hija mayor, de diez y ocho años y ya casada, y con un hijito de la edad del menor de sus hermanos; retratamos a

Harry, a Johnny y a Tommy con los tres perros; al chico más pequeño dando la mamadera a los lechoncillos de la última camada; y a las muchachitas, tipos de pulcritud tradicional, con rosas en las manos. Algunos días después les enviamos las fotografías, pero sin duda no acertamos a sacarlos bastantes guapos, porque nunca volvimos a saber una palabra de ellos. Por el momento, sin embargo, todos parecían muy complacidos. Se suscitó una algarabía a propósito de lo bien que cada cual había estado, sobre la incipiente personalidad de los lechoncillos y la fascinadora idiosincracia de los perros y las vacas. Enseguida fuimos a la casa, y el papá nos obsequió manteca, pan, maíz y un montón de pepinos.

La impresión de una vida fecunda es una de las delicias que se experimentan al hallarse en medio de los agricultores. Tanta dicha encierra el dar como el recibir; o, más bien, el dar y el recibir se confunden en un solo sentimiento: el de compartir. Un agricultor puede ofrecer una docena de pepinos con cierta tímida espontaneidad que disminuye la importancia del regalo, pero no el placer que le causa el hacerlo. No espera que el pan que desmenuza en el agua le sea devuelto sazonado con la exquisita mermelada de los favores mundanos; no nos dice que espera que sus dones nos aprovechen, ni los acompaña de consejos. Da sencillamente, como da la naturaleza, como dan los poetas, o no da en absoluto. Siempre hemos observado lo mismo Jim y yo al hallarnos en contacto con los agricultores.

Cada vez que en California y Oregón hablábamos de nuestro regreso a Nueva York y de que pensábamos acampar en sus alrededores, nos auguraban:

— No encontrarán allá labradores como los de este lado.

Pero se equivocaban. Y cuando informábamos a los neoyorquinos que teníamos el proyecto de recorrer Inglaterra, acampando al aire libre, nos decían:

— No encontrarán ustedes allá labradores como los nuestros.

Los encontramos. Y cuando dijimos a los agricultores ingleses que nos dirigíamos a Escocia, nos repitieron:

— No encontrarán ustedes allá labradores como los nuestros.

Pero se equivocaban: los encontramos. Creo que si tratáramos de acampar en los azules prados del firmamento, sus labradores nos darían la bienvenida tan cordialmente como los agricultores de la tierra. Quizá si nos ofrecerían manteca y miel etéreas de «las albas mesas de los ángeles», de que habla Váchel Lindsay.

Sea de ello lo que fuere, puedo ates-

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

Ernesto Martin

ABOGADO Y NOTARIO

CUADRA DEL TEATRO NACIONAL

MEDICOS

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor J. ZELEDON ALVARADO

Médico cirujano de la Facultad de Ginebra

Enfermedades internas, venéreas y de la sangre. Nuevos tratamientos por las vacunas y el 106, Galyl.

Consultas: de 9 a 11, y de 1 a 4.

Teléfono número 866

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA